

RECUERDOS PINTORESCOS DE MI VIDA PROFESIONAL

POR VICENTE MACHIMBARRENA, INGENIERO DE CAMINOS

VII

Toledo y "El Greco".

Uno de los grandes encantos que ofrece la visita a Toledo, que todos los años hacia con mis alumnos de Arquitectura, es la contemplación de los muchos cuadros firmados por Dominico Theotocopoulos, sostenido como El Greco, que atesoran sus monumentos artísticos.

Aunque tan famoso pintor nació en Creta, la isla del padre de los dioses, dice de él su contemporáneo Fr. Hortensio Paravicino, que

"Creta le dió la vida y los pinceles
Toledo ..."

¿Qué hubiera sido, en efecto, de *El Greco*, si por suerte suya y de España no hubiera venido a Toledo? Sus primeros pasos profesionales los dió en Venecia y Roma, donde conoció a Ticiano, Tintoretto y otros notables artistas; pero su genio estaba muy por encima de estas influencias personales. En cambio, el medio ambiente físico y moral de Toledo le convierte en el pintor *español* que mejor refleja el alma misteriosa, mística y apasionada de dicha ciudad castellana. De permanecer toda su vida en Italia, hubiera, seguramente, pintado, por ser artista genial, cuadros notables, pero distintos a los que le inspiró Toledo. Tal vez hubiera salido de sus pinceles algo parecido al "Espolio"; pero ya no el "San Mauricio", que hizo inmediatamente después por encargo de Felipe II, para un altar del Monasterio de El Escorial, que no gustó al Rey, a pesar de ser docto en bellas artes; porque, como dice su contemporáneo el Padre Sigüenza, "contenta a pocos, aunque dicen es de mucho arte y que su autor sabe mucho y se veen cosas excelentes de su mano". Ante tal desengaño, no claudicó *El Greco*, a pesar de lo que entonces valía congradirse con Monarca tan poderoso, pues siguió exagerando cada vez más, lo que en su arte le ha dado fama de extravagante y hasta de loco.

* * *

Voy a hacer una reseña de los cuadros de *El Greco*, que veía con mis alumnos, en el orden en que iban apareciendo en nuestra visita a Toledo, para lo cual recordaré el itinerario que seguimos.

El viaje se hacía en ferrocarril, porque la Compañía de M. Z. A., además de facilitarnos gratuitamente los billetes, nos reservaba en el tren un coche corrido, de segunda clase, donde iba en animada con-

versación con los alumnos, lo que contribuía al mutuo conocimiento, tan conveniente en la enseñanza. Alguna vez, al final de mi profesorado, fuimos por carretera, en autobús. En ambos casos, el camino ofrece pocos encantos. La tierra parda de la estepa castellana, sin apenas vegetación, se extiende, monótona, desde la salida de Madrid hasta cerca de la entrada en Toledo. Es preferible, sin embargo, ir por carretera, porque se llega casi en la mitad de tiempo, y desde alguna distancia se divisa la bellísima silueta de la ciudad, al mismo tiempo que el río y los cigarrales alegran la campiña. Además, a la mitad justa del camino está Illescas, como un leve anticipo toledano, con la esbelta torre mudéjar de su iglesia parroquial y con los cinco Grecos que guarda la Iglesia del Hospital de la Caridad, de los que el más notable es el de San Ildefonso, que se ha perdido admirar durante algún tiempo, después de la guerra, en el Museo del Prado.

Al llegar por ferrocarril, conviene no fijarse en la estación de llegada. La Compañía de M. Z. A., con la mejor intención, quiso dotar a Toledo de un edificio lujoso, sin escatimar gastos; pero resultó lo que los arquitectos llaman un *pastiche*. Felizmente, desde la estación no se divisa todavía la ciudad, oculta por el cerro de San Servando; pero siguiendo el paseo de la Rosa, al mismo tiempo que en una revuelta se pierde de vista aquel edificio, aparece la mágica silueta de Toledo.

Cruzábamos el Tajo por el Puente de Alcántara, para llegar a la puerta mudéjar del Sol. A corta distancia se halla la pequeña Iglesia del Cristo de la Luz, antes notable mezquita de Bib-Al-Mardoum, contemporánea de la de Córdoba, de poética leyenda.

El camino desciende después a la Puerta de Visagra vieja, pasando junto a Santiago del Arrabal, de pintoresca silueta.

Ya extramuros, íbamos al Hospital de San Juan Bautista o de Tavera, llamado también, por su situación, de Afuera, donde veíamos los primeros Grecos, pertenecientes a la época en que extrema, poco antes de morir (siglo XVII), las aberraciones de dibujo y audacias de color, que escandalizan. En el altar del lado de la Epístola, estaba el "Bautismo de Cristo", réplica del que existe en el Museo del Prado, pero exaltados hasta el delirio los extremismos indicados. El cuerpo de Jesús, con sus piernas ondulantes, a modo de columnas salomónicas, causa asombro, y en algunos, hasta indignación: pero examinado el cuadro atentamente, está lleno de elegancias espirituales de vida y color. En el muro de la Epístola del presbiterio

rio, estaba el "Retrato del Cardenal Tavera", también de la última época y notabilísimo. Los rojos lo hicieron pedazos, y en el Ministerio de Educación Nacional, cuando residía en Vitoria, me enseñó mi amigo el Marqués de Lozoya la fotografía de todos los fragmentos, con los que, con gran habilidad, se ha logrado restaurar tan notable lienzo. Frente a este cuadro, en el lado del Evangelio, está uno de los muchos de San Francisco de Asís que pintó *El Greco*. En la parte alta de los altares laterales hay otros dos pequeños cuadros, uno de "Las lágrimas de Cristo" y otro de "La Sagrada Familia". Como *El Greco* murió antes de acabar el encargo de construir los retablos de la iglesia de este Hospital, aparecen allí otros cuadros de escaso valor, que no son de *El Greco*.

Al salir del Hospital de Afuera, seguimos por el camino de circunvalación, deteniéndonos en la Puerta de Visagra antigua, para luego entrar por la Puerta del Cambrón, subir por una cuesta empinada a San Juan de los Reyes y admirar, primero, la iglesia, y después, el claustro.

Nos encontrábamos ya en el barrio de la Judería, donde estuvieron las sinagogas que hoy se llaman de Santa María la Blanca y del Tránsito. Junto a ésta

se encuentra la llamada "Casa del Greco", que es una creación de la fantasía y gusto depurado del Marqués de la Vega-Inclán, que la donó generosamente al Estado. Contiguo a esta casa se halla el Museo provincial, donde hay algunos cuadros de *El Greco* y una colección casi completa de fotografías de todos ellos. Entre aquéllos llama la atención la vista y el plano de Toledo, que muestra su hijo el joven Jorge Manuel. En el cielo hay una gloria, con la Virgen trayendo la casilla a San Ildefonso. También veímos allí un San Bernardino, de cabeza diminuta en relación con su alargado cuerpo, retratos de los Cobarrubias y de Juan de Ávila, un Jesús Crucificado y un Apostolado, que por estar en mal estado se restauró torpemente.

Al salir de la "Casa del Greco", por la puerta del jardín, nos encaminábamos a la Iglesia de Santo Tomé, guiados por su torre mudéjar, la más bella de las muchas de este estilo que tiene Toledo. En una de sus capillas se encuentra el "Entierro del Conde de Orgaz", el cuadro más famoso del genial pintor. En la mitad inferior se ve a San Esteban, promártir, con su aurea capa de diácono, y en ella, bordada la escena de su lapidación, y a San Agustín, el santo Obispo de Hipona, que con su barba blanca y ligera como humo de incienso, acaricia la mejilla del muerto. Rvestidos con todas sus pompas litúrgicas, daban sepultura al Conde de Orgaz, amortajado de guerrero. Presencian la milagrosa escena severos personajes, que son retratos de toledanos, contemporáneos de *El Greco*, incluso el propio pintor, que miran tranquilos, como si estuvieran habituados al milagro. En la mitad superior, un ángel de grandes alas descubre la Gloria, que preside la figura ultraterrena del Redentor con la de su Madre, que atrae como un imán a los grupos ardientes de profetas, serafines, bienaventurados, que tienen las proporciones exageradas que caracterizan las figuras de *El Greco*, especialmente en la desnuda del Conde, que por sus virtudes asciende al Cielo.

Entre ambas partes del cuadro, la terrestre y la celestial, existe la más perfecta armonía espiritual.

Habíamos descendido en la estación del ferrocarril a las diez de la mañana, y al salir de Santo Tomé era la una de la tarde. Un almuerzo confortable nos esperaba en el Hotel Castilla; pero estando de paso la Iglesia de San Vicente Mártir, ¿cómo no entrar a ver la maravillosa "Asunción de la Virgen", colocada en uno de sus altares laterales? Es éste uno de los cuadros más admirables de *El Greco*, de su última época, pues lo pintó en 1614, meses antes de morir.

Las horas de que disponíamos por la tarde las consagrábamos casi íntegras a la Catedral, donde, en su sacristía, admirábamos "El Espolio" y un "Apostolado".

"El Espolio", que representa el despojo de las



«El Espolio». — Toledo: Catedral. — Primera época. 1579.
(2,85 X 1,73.)

vestiduras de Cristo sobre el Calvario, ocupa el altar mayor en la Sacristía de la Catedral. Es un cuadro de transición entre sus últimas producciones italianas y las primeras españolas, pues a continuación pintó el "San Mauricio" de El Escorial, antes mencionado.

La figura celestial de Jesús se destaca íntegra en el centro del cuadro, sobre una multitud de gentes, que le rodean por todos lados, coronados de lanzas y alabardas. A este mismo efecto contribuye el colorido y la luz, pues el semblante iluminado de Jesús y la mancha roja de su túnica, contrastan con las caras sombrías de los sayones y la entonación gris que domina en el fondo del cuadro. En primer término, a derecha e izquierda, se hallan en el centro, el caballero armado y el hombre que lleva la cuerda y pone la mano sobre la túnica del Salvador. En la parte baja, a la izquierda, el grupo encantador de las tres Marías, y a la derecha, el sayón, que se inclina sobre la Cruz, que barrena, para abrir los agujeros.

Hubo un litigio entre el pintor y el Cabildo, con motivo del precio del cuadro, en el que al final se transigió, con la condición de que desapareciese el grupo de las tres Marías, situado allí, en contra de lo que dicen las Sagradas Escrituras, lo que por fin no se hizo.

En la misma sacristía hay un "Apostolado" magnífico, muy superior al que antes se ha mencionado del Museo Provincial. En las primeras visitas estaba colgado tan alto, que había que mirarlo con gemelos; después, con buen acuerdo, se colocó mucho más bajo. Pertenece a la última época del pintor.

Al salir de la Catedral, íbamos por primera vez a la plaza de Zocodover, centro de Toledo, donde esperaba a los alumnos, que velozmente subían al Alcázar a dar un vistazo a sus fachadas y al patio, para descender a la estación a tomar el tren de regreso.

* * *

Los últimos años que fui a Toledo con mis alumnos, me gustaba anticiparme a ellos la víspera por la tarde, pernoctar en el Hotel Castilla y salir después de cenar a perderme en sus calles pintorescas, mejor si era noche de luna. Hoy se puede hacer un recorrido nocturno con arreglo a un itinerario bien elegido por el Arquitecto y notable dibujante Lagarde, el que ha dispuesto que unos focos de luz eléctrica, que se proyectan con reflectores, iluminen rincones y fachadas, espectáculo artístico que el Municipio escatima por economía mal entendida. Es frecuente que se distingan por su incomprensión las Corporaciones de ciudades como Toledo, que son museos de arte. Parecen como cansados de tanta belleza y miran hasta con hostilidad a los que vamos a disfrutarla breves horas, para vivir en lugares más cómodos.

Las mañanas de los días que dormía en Toledo, me levantaba temprano, y en un coche ligero y abierto, tirado por dos caballos, recorría cómodamente,

de ocho a diez, las calles de la ciudad, deteniéndome en pequeñas iglesias, colegios, capillas y conventos. En alguno de éstos me acercaba a la reja para hablar, después de dar una limosna, a la monjita, que me enteraba de los tesoros de arte que guardaban en su clausura, y seguía así a la caza de más Grecos, que no tenía tiempo de enseñar a mis discípulos.

Recuerdo que en una de esas visitas matinales entré, después de misa de ocho, en San Román, y me llamó la atención que en uno de los altares había una "Asunción" de *El Greco*, en bastante mal estado de conservación. El sacristán que me acompañaba me dijo que en una trastera del templo había descubierto un lienzo arrollado, que, al extenderlo, le pareció un Greco. Comunicó su hallazgo al párraco, y entre los dos, no sólo confirmaron la filiación del cuadro, sino que también dieron, por su forma y tamaño, con el altar en que estuvo, donde lo volvieron a poner, con el buen gusto de no restaurarlo, quitando la mala pintura que había usurpado aquel sitio en épocas en que *El Greco* no contentaba a nadie.

Después he visto esta "Asunción" en la Iglesia de San Vicente, convertida en museo. No comprendo este afán de multiplicar los museos en un pueblo como Toledo, que todo él es un museo, con la ventaja de estar las obras en el sitio para el que fueron des-



•El Entierro del Conde de Orgaz. — Toledo: Santo Tomé.
1586. (4,80 X 3,60.)

tinadas. La utilidad de los museos, que alguien ha dicho, exagerando, que son cementerios de obras de arte, se explica en las grandes capitales, para facilitar cómodamente el estudio de la historia de las obras de arte; pero la misma acumulación de ejemplares, aunque sean valiosos, fatiga, lo que atenúa la emoción estética que deben producir. Por eso, cuando se quiere destacar el valor de un cuadro, se le aisla. Esto se ha hecho en el Museo del Prado con el de "Las Meninas", que se contempla sólo en un salón pequeño, bien directamente o reflejado en un espejo, que por efecto de la lejanía aumenta la impresión que causa. Terminada nuestra guerra, fueron durante algún tiempo algunos cuadros notables huéspedes en el Museo del Prado, entre ellos el "San Mauricio" de El Escorial, al que se concedió el honor, merecido, de situarlo en este salón de "Las Meninas", y pudo el público apreciar, como nunca, su mágica belleza, para consolidar la afirmación de que las tres estrellas de primera magnitud en el firmamento de la pintura española son, por orden cronológico: *El Greco* (siglos XVI y XVII), Velázquez (siglo XVII) y Goya (siglos XVIII y XIX).

El Greco, precursor de Velázquez, por lo mismo

que contenta a pocos, fué casi olvidado y hasta menospreciado por el vulgo, del que suelen formar parte incluso Académicos. Contribuyó a este descrédito el aislamiento de España y la injusticia con que se miró a nuestra Patria en los países civilizados de Europa y América, que, además, se creían cultos, lo que es más difícil. Ignoraban los intelectuales extranjeros hasta la existencia de *El Greco*, ya que para conocerlo hay que venir a España, y en España, a Toledo, con el ánimo bien preparado para saber mirar — no basta ver — la obra de tan original pintor.

Quien más ha contribuido a hacer casi popular a *El Greco* fué Cossío, a fines del siglo XIX, como lo demuestra el que un modesto sacristán de San Román descubriera, en el siglo XX, una "Asunción" que no está incluida en el catálogo de Cossío, tirada como un trasto viejo en un rincón de la iglesia.

* * *

Terminada la guerra, vine a Madrid, y unos Ingenieros de Caminos, jóvenes, que estaban movilizados como Oficiales del Ejército Nacional, me invitaron a ir a Toledo. Con ellos hice el recorrido emocionante de las ruinas del Alcázar y escuché el relato de la vida de sus defensores durante los dos meses que duró el asedio. Antes de esta gesta gloriosa, la visita al Alcázar se hacía en último lugar, si quedaba tiempo, ante el cúmulo de maravillas que encierra Toledo. Después, las gentes acuden, en primer término, a la cumbre, donde, en trágica confusión con montones de escombros, producidos por las minas de los asaltantes, se encontraban los cadáveres de algunos de los defensores, y las ruinas del edificio, que, destinado a morada de los monarcas más poderosos que ha tenido España, era últimamente Academia de Infantería.

El pasado otoño volví a Toledo, para enterarme de las obras de reconstrucción que se están haciendo por la Dirección General de Regiones Devastadas, y reparaciones, y las que de nueva planta ejecuta y proyecta la Comandancia de Obras y Fortificaciones de la I.^a Región Militar, para erigir la nueva Academia de Infantería en el cerro de San Servando, frente al Alcázar, al otro lado del Tajo, y unir ambos edificios, este último restaurado, con un puente viaducto de dimensiones gigantescas, sin que les sobrecoga el temor de despertar a una ciudad dormida en sueño medieval, en la que desde hace cuatro siglos sólo hayan hecho los Arquitectos, que son los que más saben en construcciones urbanas, algún que otro desgraciado *pastiche*.

El relato de las impresiones dolorosas de este último viaje a Toledo, fué el motivo de una conferencia que di en el Círculo Cultural Medina el día 26 del pasado mes de abril, y que en extracto conocen los lectores de esta REVISTA.



«La Asunción». — Toledo: San Vicente. — Última época. 1608 a 1613. (2,23 × 1,67.)